



Las agriculturas familiares y los mundos del futuro

Jean-Michel Sourisseau,
Editor científico



CAPÍTULO 6

Contribuir con las dinámicas territoriales

*Stéphanie Barral, Marc Piraux,
Jean-Michel Sourissagua, Élodie Valette*

En razón del espacio geográfico que ocupan las zonas rurales y del papel central que en él juega la agricultura, las agriculturas familiares se hallan en el corazón de las dinámicas territoriales. Estas dinámicas provienen de la movilización de los recursos territoriales por parte de actores individuales y colectivos (Gumuchian y Pecqueur, 2007). Los recursos pueden ser materiales — una situación favorable desde el punto de vista climático o de acceso a los mercados, recursos naturales abundantes, etc. — o inmateriales — conocimientos ancestrales, recursos políticos, patrimonio cultural, etc. La apropiación y el uso de dichos recursos corresponden a estrategias de acción por parte de grupos de interés. De esta forma, las dinámicas territoriales pueden definirse como la evolución y la traducción, en un espacio dado, de acciones individuales o colectivas realizadas por ciertos actores, con el fin de apropiarse y de utilizar recursos limitados, en contextos institucionales y políticos específicos (Piroux, 2009). Este Capítulo pretende evaluar la contribución que las agriculturas familiares, en tanto que suma de individuos y colectividad de actores, han aportado a esas dinámicas territoriales.

A fin de facilitar nuestro análisis, consideramos que las dinámicas territoriales concebidas como la intervención humana sobre su entorno, se distinguen significativamente dependiendo de la distancia que mantengan con las grandes metrópolis urbanas. Ésta determina diferentes niveles de presión sobre los recursos (deforestación, desertificación, transformación de los paisajes, rehabilitación o artificialización de las tierras, contaminación, etc.). Además, la importancia de la actividad agrícola dentro de la actividad económica tiende a crecer en la misma medida. Resulta entonces posible proponer categorías analíticas de los espacios rurales en relación con esa distancia con relación a las

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

metrópolis urbanas, distinguiendo el espacio rural aislado y las zonas marginales del espacio rural típico, de las zonas urbanas o bajo influencia urbana. Las zonas fronterizas que existen entre esos tipos de espacio, naturalmente porosas y evolutivas, marcan los fenómenos de transición entre ellos.

La hipótesis subyacente de este Capítulo es que la expresión de las dinámicas territoriales propias a las agriculturas familiares se diferencia en función de esas categorías espaciales. Los flujos de población y de productos, la presión sobre los recursos (agua, suelo, cobertura forestal) resultan efectivamente específicos.

La competencia por el uso y control de los recursos con otros tipos de actividad (residencial, industrial, extractiva, forestal) y con otras formas de agricultura, varía en gran medida en su forma y en las modalidades de su gestión. Esos elementos tienen una influencia directa sobre la naturaleza y sobre el funcionamiento de las actividades de las familias agrícolas.

Indudablemente, la forma que asumen esos espacios distintos y la frontera entre ellos pueden cubrir una gran diversidad de situaciones. En particular, las transiciones de las zonas marginales hacia lo típicamente rural se convierten en ciertos casos en frentes pioneros. Desarrollaremos un punto específico sobre esos espacios de transición, no por la amplitud espacial sino porque sufren cambios rápidos y radicales que ponen cada vez más en evidencia los procesos de evolución de las agriculturas familiares dentro de los territorios.

El Capítulo se estructura entonces en cuatro grandes categorías analíticas, organizadas alrededor de una escala de antropización del medio. Después de caracterizar sus especificidades, intentaremos demostrar la contribución de la agricultura familiar a la estructuración económica y social de esos espacios, a través de sus propias dinámicas, pero también en sus articulaciones o la competencia que establece con las otras formas de agricultura.

LAS AGRICULTURAS FAMILIARES DE LAS ZONAS MARGINALES

Las zonas marginales son regiones con poca densidad de población, tales como los espacios forestales de la Amazonía, del Congo o de Indonesia, o zonas desérticas o de estepa como las que se encuentran en Asia central y en África sahariana. También puede tratarse de zonas más localizadas con condiciones agrícolas difíciles, valorizadas casi exclusivamente por las agriculturas familiares, cuya gestión garantiza a menudo los equilibrios ecológicos y económicos de territorios más vastos. La utilización de los recursos naturales suele ser ahí muy extensiva y su objetivo principal es satisfacer las necesidades de las poblaciones locales. La economía es poco monetizada y la división del trabajo limitada, al igual que la presencia de los servicios estatales.

En esas regiones difíciles, la organización social de la agricultura se fundamenta en la familia nuclear o ampliada, generalmente insertada en grupos comunitarios que controlan parcial o totalmente los medios de producción. En las regiones forestales, predomina una agricultura itinerante de quema y tala y actividades de caza y pesca. En las regiones de ganadería itinerante, la gestión de los territorios también es colectiva, la producción extensiva, la inserción en las redes de comercialización o de asesoría técnica limitada, como lo es la presencia de infraestructuras y de autoridades públicas. Las poblaciones nómadas, por su parte, se desplazan varias veces al año, al ritmo que marca la disponibilidad de recursos forrajeros.

El ambiente natural de esas zonas marginales es particularmente frágil e impone una presión humana limitada sobre los recursos. Las modificaciones de las formas de explotación de diversos orígenes, pueden producir una evolución hacia los frentes pioneros (en el caso de zonas forestales) o hacia zonas rurales más típicas, pero con riesgos importantes de sobreexplotación.

En Mongolia, por ejemplo, el cambio de régimen político en 1991 (de una tutela de la URSS a una liberalización brutal de la economía) produjo un empobrecimiento de las poblaciones urbanas, que se volcaron hacia actividades de ganadería. Se produjo entonces una nueva presión sobre los pastos, que pone en peligro los equilibrios alimentarios y sanitarios de los rebaños, y en consecuencia, los recursos alimentarios y monetarios de las familias (Devienne, 2013).

Las firmas agrícolas también pueden producir un cambio en el aprovechamiento de las zonas marginales. Las rupturas que conlleva su llegada a las áreas forestales pueden ser complementarias con las lógicas de una agricultura familiar. Este es el caso de los sectores artesanales e industriales de producción de aceite de palma en Camerún, o de las grandes plantaciones privadas de palma en Indonesia, que generan una pequeña agricultura de plantación en su periferia (Capítulo 4). A la inversa, la llegada de las empresas puede ser más brutal y desestructurar los sistemas locales de producción. Este es el caso de las actividades mineras, o de las grandes firmas forestales indonesias entre 1970 y 1990, cuya acción acabó desalojando a las poblaciones locales de sus sistemas de producción (Durand y Pirard, 2008). El trabajo de Marshall (2011) sobre la implantación de firmas agroindustriales en el desierto costero peruano, muestra claramente la ambigüedad de esos encuentros entre organizaciones capitalistas y comunidades locales, donde pueden surgir conflictos, oportunidades económicas o fuga de los habitantes, pero también un riesgo de agotamiento de los recursos naturales. A partir del año 2000, los territorios marginales están cada vez más amenazados, en razón de la multiplicación de los acaparamientos

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

de tierras por parte de las firmas agroindustriales y mineras (en contubernio con las autoridades públicas) o por los fondos soberanos.

LAS AGRICULTURAS FAMILIARES EN LOS FRENTES PIONEROS

Los frentes pioneros constituyen una fase inicial de construcción de nuevos territorios (Monbeig, 1996), que se desarrolla a través del tiempo mediante un proceso dinámico que parte de la lógica de la instalación agrícola de familias migrantes. Representan una fase de transición de zonas marginales forestales hacia formas rurales típicas, sustituyendo la agricultura itinerante por una agricultura hortícola, de plantación o de ganadería, desarrollada por poblaciones migrantes en busca de tierras agrícolas. Si bien no constituye un espacio estable sino un proceso de transición, esta fase de génesis territorial sigue siendo fundamental e incluso determinante, para las trayectorias futuras de esas regiones y para sus condiciones de acceso a formas sostenibles de desarrollo (Poccard-Chapuis, 2004).

Las investigaciones ponen en evidencia la diversidad de las prácticas de colonización y la manera en que éstas se inscriben en un proceso histórico (Dufumier, 2010). El papel que juegan las agriculturas familiares en la estructuración de los frentes pioneros se analiza aquí desde tres ángulos: las migraciones que originan la colonización de tierras, la estructuración de los vínculos sociales subyacentes al desarrollo económico y territorial, y la evolución de los frentes pioneros con el consiguiente aumento de la presión sobre los recursos territoriales.

Ruf (1995) muestra cómo dentro de las comunidades circulan las informaciones relativas a la posibilidad de desarrollar una actividad agrícola en un frente pionero, entre los primeros migrantes y los miembros de la familia que permanecieron en el pueblo, alimentando así los flujos de migraciones espontáneas.

Las migraciones y los procesos pioneros también pueden ser organizados por el Estado, con el fin de conquistar y controlar nuevos territorios, como en el caso de la Amazonía brasileña, en Laos y en Indonesia, con los famosos programas de *kolonisatie* (de 1905 a 1945) y de *transmigratie* (a partir de 1945) a través de los cuales el gobierno colonial y luego el nacional, organizaron el desplazamiento de varios centenares de miles de personas (Levang y Sevin, 1989). Cuando llegan firmas agroindustriales, la baja disponibilidad de mano de obra local lleva a los dirigentes a organizar la contratación de trabajadores migrantes que se convierten en actores potenciales de la colonización de tierras (Barral, 2012). Estos tres motores de la migración pueden encontrarse en un mismo territorio.

La instalación progresiva de las familias en los frentes pioneros se acompaña de una estructuración de los vínculos sociales en varias modalidades: los lazos familiares y comunitarios se organizan como importantes vectores de información y de ayuda mutua; rápidamente, la colonización territorial se articula también alrededor de relaciones comerciales entre los migrantes, y finalmente, las relaciones entre los agricultores y las empresas constituyen elementos de organización de los territorios de los frentes pioneros.

Los lazos familiares ordenan la apropiación de tierras y de manera más amplia, el territorio conquistado. Además, cuando la apropiación de la tierra se organiza alrededor de la célula familiar, se pueden observar dinámicas colectivas, principalmente intercambios recíprocos de trabajo (especialmente para la limpieza de terrenos) y de circulación de semillas. En ciertos casos, los primeros en llegar y que han podido capitalizar gracias a su actividad agrícola, contratan a los nuevos migrantes para colonizar nuevas tierras. El aprovechamiento de la tierra se basa entonces en esas asociaciones donde uno pone el capital y el otro la mano de obra.

La presencia de firmas agroindustriales puede ser determinante en la definición de las formas de producción. Por ejemplo, en el caso de la producción del aceite de palma (en las regiones de Asia donde no hay transformación artesanal), los pequeños productores son tributarios de las empresas aceiteras, que también les dan trabajo. La agricultura familiar sigue siendo, sin embargo, un motor importante para el desarrollo local, y lograr consolidar esta agricultura familiar en los territorios pioneros constituye un elemento importante y recurrente de sostenibilidad social.

Conforme avanza el frente pionero, la colonización evoluciona hacia situaciones en las que, con el aumento de la densidad de población y la disminución de los rendimientos y de las tierras disponibles, se esboza un movimiento de intensificación de la producción y emergen nuevos órdenes institucionales. Cabe notar que el conflicto es un elemento transversal (principalmente conflictos entre poblaciones locales y migrantes, conflictos entre migrantes, conflictos entre poblaciones locales y empresas), recurrente en los procesos de apropiación de recursos que la legislación no resguarda apropiadamente, y que aumenta en la medida en que los recursos disminuyen.

En esos territorios en evolución, el acceso a los recursos naturales es determinante para la viabilidad de los primeros sistemas de producción que los colonos llegan a desarrollar. Al principio, esos recursos naturales se administran como un sistema minero: deforestación y luego explotación de la fertilidad temporal de los suelos boscosos, que se degradan rápidamente.

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

Si las explotaciones no incorporan nuevas técnicas, la venta de un lote a los vecinos o a grandes finqueros, lleva al agricultor hacia la periferia urbana, o a avanzar en el frente pionero en busca de nuevas tierras para limpiar. Así se explican las características principales de los territorios pioneros de la Amazonía: la creación de pequeñas ciudades, el avance de la deforestación, y con ellos, la violencia y la pobreza (Poccard-Chapuis, 2004).

Para detener de manera sostenible la deforestación en esas regiones, resulta entonces necesario modificar la base de los sistemas de producción, poniendo nuevamente a la agricultura familiar dentro de las dinámicas territoriales. Una de las características de los frentes pioneros es la difícil aparición de acciones colectivas, en razón del origen diverso de los migrantes, de sus proyectos, y del carácter inestable inherente a las etapas iniciales de la estructuración del territorio.

La evolución de esos frentes pioneros depende también de los contextos legislativos y normativos de cada Estado. La integración de las familias en los territorios pioneros tiende a depender menos del sector agrícola. Con la aparición de la segunda y tercera generación de migrantes, se consolidan las identidades locales, a la vez que se organizan las instituciones locales y que se desarrollan infraestructuras para la diversificación agrícola. De esta manera, esos frentes pioneros se van convirtiendo en «zonas rurales típicas», de acuerdo con las categorías analíticas que hemos adoptado.

LOS ESPACIOS RURALES TÍPICOS

En la escala de antropización entre la metrópolis y las zonas marginales, los espacios correspondientes a lo «rural típico» encierran situaciones extremadamente diversas. Considerados como el campo, pueden integrar ciudades pequeñas o medianas. Lo típicamente rural se caracteriza por tres criterios esenciales. El primero es una densidad demográfica media, más baja que en las ciudades, en términos de equipamiento, de infraestructuras y de bienes y servicios. El criterio siguiente, con algunas excepciones, es que las actividades están dominadas por la agricultura, tanto en términos de empleo como de la superficie ocupada; la agricultura, las formaciones vegetales llamadas «naturales» y las pequeñas ciudades conforman los paisajes. El último criterio es sociocultural y político. Los valores culturales y los sistemas políticos muestran una influencia más o menos marcada del mundo agrícola y de sus jerarquías históricas en las organizaciones territoriales y en las instituciones de gobierno.

Un espacio rural típico donde las agriculturas familiares influyen las dinámicas territoriales

Generalmente, la apariencia de los territorios rurales típicos corresponde a espacios aprovechados en un tejido más o menos denso de explotaciones agrícolas familiares, que agrupan la mayoría de los activos. En esos territorios agrícolas, la concentración de tierras está controlada, las agriculturas empresariales y patronales no han encontrado oportunidades de desarrollo; y eso produce densidades de población muy variables, dependiendo de las trayectorias nacionales, pero que generalmente son más elevadas que en las zonas marginales, en los frentes pioneros y en los espacios donde operan también agriculturas empresariales y patronales (ver principalmente Raton, 2013).

Esos territorios están presentes en casi todas las regiones del mundo, pero su huella es particularmente fuerte en los espacios rurales de África Occidental y del centro de Asia, donde se concentra la mayoría de los activos agrícolas mundiales y donde la agricultura conserva un peso importante en la producción de riqueza y de empleo (Capítulo 2).

Esta categoría de territorios reúne una extrema diversidad de formas y de sistemas agrarios; que se explican por las condiciones ecológicas y climáticas, pero también por la historia de los asentamientos humanos, las organizaciones sociales y culturales, las trayectorias de conexión con el mercado, etc. (Capítulos 1 y 4). Así, cualquiera que sea su configuración, el predominio de las formas familiares de la producción agrícola constituye la base de la construcción territorial local. Por supuesto que ésta no deja de tener una relación con las dinámicas externas, especialmente de orden económico, pero la manera en que la comunidad rural constituida alrededor de la agricultura familiar —que es donde surgirán los notables y los futuros responsables electos— acoge esas dinámicas, determinará el rumbo a seguir.

En los espacios dominados por las agriculturas familiares, la relación entre la esfera doméstica y la producción tanto en las familias como en las explotaciones, tiene una resonancia en el plano del territorio local. La organización del hábitat (más o menos dispersa según los recursos disponibles), los principios de circulación de los productos, el arbitraje entre la gestión de los recursos, los riesgos climáticos y el desempeño de los sistemas agrícolas (Capítulo 5), e incluso la administración de los bienes comunes (institucionales, físicos o naturales) constituyen la traducción territorial de las relaciones orgánicas que articulan la célula familiar y la explotación agrícola (Recuadro 6.1).

Recuadro 6.1. Papel y lugar de las agriculturas familiares en la estructuración de los territorios rurales en la zona sudanesa y del Sahel en África Occidental.

Jean-François Bélières

Contrariamente a lo que ocurre en la zona más húmeda donde se desarrollaron las plantaciones industriales durante y después de la colonización, las regiones de sabana sudanesa y del Sahel en África Occidental, son zonas de agricultura familiar. Y ésta ha definido su paisaje y su economía.

Los territorios se organizan alrededor de pueblos medianos (de ochocientas a dos mil personas) en relación con las ciudades secundarias donde se lleva a cabo una parte importante de los intercambios. La configuración territorial de un campo volcado hacia la ciudad se ve reforzada por la movilidad creciente de personas y bienes.

Cada vez más, estos territorios son los que abastecen de productos hortícolas a las ciudades secundarias (Raton, 2013). La familia agrícola es el motor de los cambios en esas estructuras agrarias y en su incidencia paisajística, económica y social.

Las explotaciones agrícolas familiares definen la arquitectura y el ordenamiento de los poblados. La concesión, las chozas y los graneros reflejan la organización social y económica. El jefe de la explotación decide qué se produce (cultivos) y los medios que se asignarán, con base en una referencia a los usos y costumbres que regentan la vida rural en el pueblo, incluyendo sus tabúes, los días que se consagran al trabajo en la explotación, los días libres para los miembros dependientes, y las obligaciones de trabajo colectivo dedicado a la comunidad.

La gestión del territorio fue pasando progresivamente del dominio de la comunidad y del clan a la administración familiar, con una fuerte apropiación de la explotación familiar. Las áreas comunes —especialmente las zonas de pastos— siguen siendo muy importantes, tanto por su superficie como por su papel económico y social. Conjuntamente, la densificación de esos espacios rurales obliga a adaptaciones progresivas, siempre administradas por las agriculturas familiares. La eliminación o la disminución del período de barbecho, e incluso la sedentarización de los pastores, son ejemplos del reto de gobernabilidad territorial al que deben enfrentarse las agriculturas familiares y sus organizaciones.

La agricultura familiar que se desarrolla en esas zonas rurales contribuye aquí también a múltiples funciones: sociales, económicas o ambientales. Esas funciones son indisolubles de la dimensión de la identidad, en razón de una perspectiva histórica generalmente más larga y de cambios menos rápidos de las condiciones de acceso a los medios de producción, que en el medio urbano y en los frentes pioneros. A pesar de su importancia, son poco conocidas e insuficientemente valorizadas (Recuadro 6.2).

La formalización de este tipo de territorio a través de la figura del Sistema agroalimentario localizado (Sial, Recuadro 6.3) hace ver justamente los principios de su carácter multifuncional, donde la agricultura consiste en el núcleo de las principales dinámicas familiares y por ende, sociales. Insiste

particularmente en la fuerza del saber local, híbrido pero basado en sus ecosistemas agrícolas, que constituye su fundamento y el motor que activa y valoriza los recursos territoriales, suministrados por la presencia masiva de las agriculturas familiares.

Recuadro 6.2. Multifuncionalidad en Nueva Caledonia.

Jean-Michel Sourisseau

En Nueva Caledonia, la agricultura familiar de los Kanaks se lleva a cabo en parcelas muy pequeñas (el 90 % con menos de veinticinco áreas) y se basa en sistemas de producción complejos (veintidós plantas cultivada por cada familia en promedio), intensivos, pero que utilizan pocos insumos minerales (Guyard *et al.*, 2013). Esta agricultura ocupa al 96 % de las familias que viven en tribus, aún cuando solamente contribuye en un 6 % a su ingreso monetario y ofrece una remuneración muy inferior a la de otros sectores, dentro de una economía con un fuerte crecimiento y casi pleno empleo. La relación de los Kanaks con la tierra corresponde a otros factores; las funciones de la agricultura son horticolas, sociales y de identidad. Íntimamente ligada a la caza y a la pesca, la agricultura señala la pertenencia a una comunidad, puesto que mantiene conocimientos y relaciones con su entorno. Los productos se donan en la misma medida en que se consumen, y si se les diera valor de mercado, representarían el 28 % de los recursos de las familias, reduciendo considerablemente las desigualdades entre ellas. A través de las donaciones, se reconocen y se mantienen las jerarquías y las alianzas; a través de la alimentación, se activan los conocimientos y las relaciones con su ecosistema.

Recuadro 6.3. Sistema agroalimentario localizado: una clave para la lectura de las dinámicas de las agriculturas familiares en zonas rurales.

Claire Cerdan

Los Sial fueron definidos inicialmente como organizaciones concretas de actores que proveían productos y servicios agroalimentarios (unidades de producción agrícola, empresas agroalimentarias, comerciales, de servicio, de restauración, etc.), asociados por sus características y funcionamiento a un territorio específico (Muchnik *et al.*, 2008). Su trabajo privilegió a las regiones rurales, incluyendo explotaciones familiares y pequeñas empresas artesanales comprometidas en una estrategia de diferenciación de la producción agroalimentaria. Pero la construcción de relaciones entre procesos de producción y espacios geográficos puede adquirir distintas dimensiones económicas, sociales y agronómicas sin resumirse únicamente a los dispositivos preconizados por un signo de calidad o de origen.

De esta manera, los trabajos más recientes toman en cuenta las transformaciones territoriales de las actividades agroalimentarias y la evolución de las relaciones entre la sociedad y el mundo agrícola. No se trata solamente de destacar los conocimientos específicos relacionados con las agriculturas familiares, sino también de tratar de responder a los retos de la administración del espacio, y de la implantación de nuevas formas de gobernabilidad de los recursos y de los territorios.

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

Una zona rural típica cuyo espacio está dominado por las empresas agrícolas

En oposición al espacio rural típico de las agriculturas familiares, existe otro mundo rural dominado por las empresas agrícolas y por las grandes compañías. Este es el caso en ciertas zonas sudamericanas, sudafricanas, australianas o indonesias. Son regiones con baja densidad de población. En general, ciudades de pequeña y mediana importancia introducen los sectores secundarios y terciarios ligados a la producción. Cuando esos territorios estaban bajo el dominio de las agriculturas familiares, éstas pierden su carácter clásico, tal y como lo describíamos anteriormente, siguiendo trayectorias variadas y singulares. Los conocimientos y especificidades locales retroceden o prácticamente desaparecen.

Recuadro 6.4. La empresa privada de las antiguas cooperativas sudafricanas.

Ward Anseeuw

En Sudáfrica, con el fin de promover la eficacia de la economía de mercado, el sistema estatal de apoyo a la agricultura fue desmantelado. A través de la privatización de los bienes físicos y financieros acumulados gracias a las subvenciones, las antiguas cooperativas se transformaron en poderosas agroindustrias. Esas transformaciones se vieron acompañadas por procesos de integración vertical y horizontal de los sistemas agroalimentarios, mediante el juego de fusiones y adquisiciones. Las cooperativas, que eran intermediarios institucionales, se reciclaron para convertirse en intermediarios técnicos y financieros, integrando los segmentos anteriores y posteriores de la producción, suministrando servicios a los grandes agricultores blancos provenientes del apartheid y a la pequeña agricultura negra producto de la reforma territorial. Esta nueva forma de empresa agrícola controla cada vez más la producción primaria, mediante arreglos contractuales, pero sobre todo, vía integraciones más avanzadas, que les permiten adquirir las tierras y a tener así mayor poder territorial y político.

El mejor ejemplo de estos procesos es sin duda AFRGRI. Antigua cooperativa actualmente en bolsa en Johannesburgo, es hoy uno de los principales negociantes de cereales del país, uno de los cuatro grandes molinos de trigo y maíz, una de las mayores empresas de alimento para aves, con grandes intereses en la industria de semillas y de producción de pesticidas, ofrece servicios agrícolas, etc. Más allá de la estructuración del sector agrícola sudafricano, AFRGRI, al igual que otras antiguas cooperativas, está actualmente decidida a conquistar el continente africano (Boche y Anseeuw, 2013).

Las grandes empresas establecidas en las zonas rurales, conciben el territorio como una herramienta de producción, que debe ser eficaz para producir materias primas agrícolas garantizando un buen funcionamiento de las agroindustrias. La agricultura familiar queda fuera del esquema o extremadamente dependiente de éste: este es el caso de los sistemas de integración a la industria, típicos de los sectores avícolas o lecheros, pero también de la integración y financiación

extremas de los sistemas agroalimentarios (Recuadro 6.4). Las relaciones sociales entre firmas y agriculturas familiares son a menudo más prlongadas y más tensas, puesto que una buena parte de la población agrícola que trabaja en esas empresas, se encuentra en un estado de proletarización agrícola (Capítulo 4). Este es el caso de las grandes plantaciones de palma aceitera o de banano. Son también zonas donde los procesos de inmigración temporal o definitiva son importantes.

La especialización productiva de los territorios en virtud de la concentración agrícola debe generar efectos positivos sobre los otros sectores de la economía local y sobre la plusvalía de las tierras, más que sobre la producción familiar en sí. Cuando se cuestiona la competitividad de esta herramienta de producción, las trayectorias territoriales pueden vacilar. Las empresas tienden a desplazarse a otras regiones, generalmente sin asumir los costos negativos que ellas mismas produjeron. Ese es por ejemplo en caso en Brasil, en la zona de Goiás, donde las industrias avícolas trasladan sus actividades para irse más al norte, a Mato Grosso, con el fin de evitar la presión territorial ocasionada por la expansión de la caña de azúcar, dejando así abandonadas las ciudades que se habían construido a su alrededor. En otras palabras, los grandes grupos han impuesto con frecuencia una estrategia extractiva al servicio de sus propios intereses, dejando exhausto al territorio donde se habían implantado.

Zonas donde conviven la agricultura familiar y formas patronales o industriales

Subsiste una continuidad entre esos dos tipos de situación donde se construyen complementariedades o procesos de dominación ejercida por las empresas agrícolas o patronales. Las construcciones territoriales están determinadas por la relación entre esos dos tipos de agriculturas, según se trate de procesos de yuxtaposición o de competencia, y raras veces de interdependencia, de conformidad con los esquemas planteados en el Capítulo 4.

Tales ejemplos son numerosos: el frente pionero estabilizado en la Amazonía, los perímetros irrigados, las condiciones indonesias alrededor de la palma aceitera, etc.

La complementariedad entre las diferentes formas de producción agrícola está determinada con frecuencia por el peso (en cantidad, pero también institucional y político) de las agriculturas familiares. También y sobre todo, depende de las condiciones sociales de la producción, especialmente de las garantías territoriales. Frecuentemente, cuando los derechos territoriales de los agricultores familiares no están debidamente garantizados, surgen fuertes tensiones entre las dos formas de agricultura, campesina y empresarial. Este es

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

el caso del “Office du Niger” en Mali, donde a pesar de todo, se han desarrollado formas híbridas de agricultura, y donde los modos de aprovechamiento se han diversificado (Recuadro 6.5).

Recuadro 6.5. Agricultores familiares e inversionistas extranjeros: más allá de los clichés en el “Office du Niger”.

Amandine Adamczewski

En Mali, la zona del “Office du Niger” es aprovechada gracias al riego desde 1930, por agricultores familiares desplazados por el Estado colonial. Cien mil hectáreas son irrigadas actualmente, pero la superficie de riego podría alcanzar un millón de hectáreas. Desde la década de 1990, las explotaciones familiares del “Office du Niger”, han multiplicado más de diez veces su producción, garantizando así la mayoría del consumo de arroz del país. Pero la situación de esas explotaciones es preocupante: un 63 % de ellas está bajo el nivel de pobreza, y su rentabilidad se ve comprometida por la disminución de su tamaño, que ha pasado de 7,8 hectáreas por familia en 1982 a menos de 2 hectáreas en 2006.

El Estado de Mali, muy afectado por la disminución de la ayuda pública al desarrollo, ha lanzado un llamado a los inversionistas nacionales, extranjeros, públicos o privados y a partir del 2005, les ha otorgado provisionalmente cerca de 870 000 hectáreas. Las explotaciones familiares se muestran preocupadas por la competencia en el sector arrocero, pero sobre todo por el acceso a las parcelas irrigadas y a las tierras no inundadas. Estas últimas, destinadas a los cultivos secos, a la ganadería y al carbón de madera para producir energía, pertenecen al Estado y pueden ser otorgadas sin preaviso a algún inversionista. Así, las relaciones entre las dos formas de agricultura, familiar y empresarial, son tensas.

Sin embargo, los inversionistas privados tienen dificultades para aprovechar sus concesiones. Se ha podido constatar la interrupción de ciertas inversiones y la aparición de soluciones híbridas de aprovechamiento (Adamczewski *et al.*, 2013a). De esta manera, al subarrendar perímetros atribuidos a macro inversionistas o a inversionistas intermedios (nacionales y extranjeros con menos de 50 hectáreas), las agriculturas familiares pueden tener acceso a las tierras de riego. Las explotaciones familiares también pueden convertirse en inversionistas, por ejemplo, mediante organizaciones colectivas que pueden agrupar entre cincuenta y trescientos agricultores familiares.

Vemos que la frontera entre los modos de explotación agrícola es permeable, y evoluciona sin cesar. Si bien en ciertos momentos surgen crisis abiertas, cuando las inversiones se convierten en acaparamientos brutales, la mayoría de las veces los actores se adaptan, estableciendo acuerdos territoriales que les permiten mantener su agricultura.

Otros ejemplos ilustran perfectamente los diferentes vínculos existentes entre las pequeñas plantaciones familiares y las estructuras capitalistas y patronales, que se expresan de distintas formas según las configuraciones territoriales.

En las zonas del frente pionero estabilizado en la Amazonía brasileña, en los perímetros de reforma fundiaria, las comunidades tradicionales gozan de una seguridad fundiaria cada vez mayor. La complementariedad que se da entre

las agriculturas familiares y las formas patronales de producción resulta así importante y diversa: préstamos de material agrícola para trabajar las tierras, intercambios de animales entre agricultores familiares y grandes propietarios, y empleos temporales o permanentes. En el caso de la producción de aceite de palma, la coexistencia puede ser complementaria, de dominación o conflictiva, dependiendo de cada situación. En Indonesia por ejemplo, las tierras forestales alrededor de las grandes plantaciones son propicias a la instalación de pequeñas plantaciones de palma aceitera por parte de los obreros agrícolas. La agricultura empresarial estimula la aparición de una agricultura familiar y patronal, y mejora el ingreso de los asalariados agrícolas, que a menudo es insuficiente (Capítulo 4).

Esos tipos de coexistencia, que también se encuentran en la Amazonía brasileña, difieren de las formas agrícolas contractuales. Los pequeños cultivadores no son asalariados en las plantaciones, sino que explotan parcelas cuya inversión inicial para el cultivo la hacen las empresas. Para reembolsarlas, entregan su producción a las fábricas, al precio que fijan estas últimas. Esta situación de dependencia provoca cambios territoriales muy importantes (terrenos, precio de los cultivos alimentarios) que a veces desembocan en conflictos abiertos (Timone, 2013). Esto produce una casi proletarización de los agricultores familiares. Estas situaciones afectan a millones de hectáreas de caña de azúcar en el sur de Brasil, o de soya en Uruguay y en Argentina, donde los grandes grupos agroindustriales alquilan la tierra de los agricultores familiares y los servicios de los mismos propietarios, algunos de los cuales se convierten en prestatarios de servicios. Casi siempre esas agriculturas familiares acaban empobreciéndose (Clasadonte *et al.*, 2013).

Finalmente se dan situaciones cada vez más frecuentes, en particular en el paisaje indonesio, donde los inversionistas implantan fábricas de aceite que no están ligadas a las plantaciones y cuya producción la compran a productores locales. Esta forma también está presente en la mayoría de los países africanos productores de aceite de palma, para quienes el aceite rojo artesanal y el aceite rojo industrial tienen perspectivas comerciales distintas. Los pequeños productores que utilizan semillas mejoradas pueden vender su producción a las aceiteras industriales. La escogencia de este sistema puede constituir un argumento de negociación para los pequeños productores, que no pierden su producción si rechazan las condiciones que ofrecen las empresas (Rafflegagua, 2008).

Todos estos ejemplos ilustran cómo, más allá de los clichés, una complementariedad puede construir relaciones sociales y constituye a menudo la base para la consolidación de los territorios.

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

Territorios rurales donde la agricultura se ha marginalizado

Finalmente, y en particular en las zonas rurales de los países desarrollados desde hace mucho tiempo, que han vivido desde hace varias décadas la transición estructural de abandono masivo de la agricultura en pro del sector secundario o terciario, el porcentaje de la población agrícola no cesa de disminuir. En ellos la economía residencial y turística domina en numerosos territorios rurales, con una pérdida evidente de poder, de reconocimiento y de libertad de acción por parte del mundo agrícola, sea éste familiar o no. En esos territorios, las exigencias ambientales, de calidad de vida, e incluso de equidad en el acceso a los bienes culturales o de estética del paisaje, resultan aceptables en virtud de esta inversión demográfica. Constituyen nuevas normas de posicionamiento de la agricultura.

Francia ilustra claramente esas mutaciones. En sus territorios rurales, actualmente menos del 10 % de los empleos son agrícolas. Esto se explica por la conjunción de un movimiento de concentración de las estructuras agrarias debido a la erosión progresiva del número de pequeñas explotaciones, y a una tendencia reciente al éxodo urbano. Como lo señala Perrier-Cornet (IHEDATE, 2011), solamente la cuarta parte de las mil setecientas zonas de vida rurales se han convertido en zonas industriales agroalimentarias. El análisis prospectivo «Territorios 2030», lanzado en el 2010 por el gobierno francés, propone entre sus escenarios para el mundo rural, un esquema de «campiña residencial generalizada» que ya ha comenzado a implementarse y que seguirá desarrollándose (IHEDATE, 2011). Dentro de este escenario, los campos se densifican pero la agricultura intensiva, que ya no es defendida por los políticos, está llamada a instalarse en otros espacios. Los estándares nacionales, alineados hacia las condiciones de vida urbanas, se convierten en el punto de referencia, tanto desde un punto de vista social como económico o de organización de los desplazamientos. La agricultura, que puede conservar su carácter familiar (o recuperarlo), participa en los modelos de calidad, pero sigue perdiendo su poder y su influencia en la construcción territorial.

LA AGRICULTURA URBANA Y PERIURBANA

La agricultura familiar también está presente en las ciudades y sus alrededores. Los espacios de influencia urbana constituyen una categoría singular, donde la actividad agrícola es menor, y se reduce poco a poco con el avance del frente urbano. Las tierras agrícolas tienden a convertirse en usos urbanos, principalmente residenciales, pero también industriales o recreativos. Paralelamente, el mercado urbano cercano puede constituir una importante salida para la producción agrícola. La actividad agrícola se ve afectada de

manera diversa por esa competencia de usos, y la agricultura familiar de la misma manera que otras formas de producción agrícola. No obstante, para efectos de análisis se puede hacer una distinción entre agricultura urbana y periurbana: mientras que la agricultura urbana mantiene en un nivel intra urbano, una huella espacial relativamente estable en los pequeños puntos que deja libre la densa construcción, la agricultura periurbana ve reducirse su perímetro y fluctúa en función del crecimiento urbano.

La agricultura urbana, que se desarrolla principalmente en superficies muy pequeñas, es esencialmente familiar, mientras que en el espacio periurbano se pueden ver todas las formas de agricultura. Ya se trate de un país desarrollado, emergente o en desarrollo, las grandes fincas empresariales pueden establecerse al lado de las pequeñas explotaciones familiares con un aprovechamiento directo o indirecto.

Se estima que hay ochocientos millones de agricultores urbanos y periurbanos en el mundo (Smit *et al.*, 1996), lo que representa, por ejemplo en el caso de las capitales africanas, una cuarta parte de la población urbana (Orsini *et al.*, 2000). Pero se trata de una cifra difícil de medir desde los censos estadísticos, puesto que las actividades agrícolas informales y secundarias quedan a menudo excluidas, y porque la dicotomía artificial entre el sector urbano y el sector rural genera a menudo contradicciones. El espacio de la agricultura en las ciudades y metrópolis es muy importante y frecuentemente se subestima. Smit *et al.* (1996) han recopilado diferentes fuentes de datos que establecen el porcentaje de espacio ocupado por la agricultura en zonas urbanas. Según ellos, en Mozambique, en Beira, el 88 % de los espacios verdes de la ciudad están ocupados por la agricultura familiar. En Bangkok, el 60 % del espacio metropolitano está destinado a la actividad agrícola.

Un peso cada vez mayor a pesar de una importante precariedad territorial

Si el número de agricultores está llamado a disminuir en la población activa, el número de agricultores familiares o de personas que practican una actividad agrícola en la ciudad, podría permanecer estable e incluso aumentar. En efecto, si bien las perspectivas de crecimiento urbano muestran que, de aquí al 2030, el 60 % de la población de los países con ingresos bajos o medios residirá en las ciudades, en muchos países, especialmente en África subsahariana, los ingresos producidos por la agricultura corresponden a una mayoría de la población (60 % en Camerún, 70 % en Benín). En los países en desarrollo, la ausencia de protección social hace que la práctica de la agricultura sea una necesidad vital. Esto se puede observar en otros contextos donde la seguridad alimentaria de las poblaciones se ve amenazada por los cambios políticos

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

o económicos. Así, en Moscú, el número de familias que producen frutas y legumbres pasó del 20 % en 1965 al 70 % en 1990 (Smit *et al.*, 1996).

De hecho, la función productiva de la agricultura urbana y periurbana es primordial. En los países en desarrollo, como lo señalábamos anteriormente, esta agricultura tiende a desarrollarse explotando pequeños espacios (Bon *et al.*, 2010), especialmente en situaciones de crisis alimentaria o urbana. Ella permite compensar la ausencia de redes sociales, es fuente de empleo y de ingresos sin tener que realizar grandes inversiones iniciales, y permite luchar contra la pobreza de los más vulnerables.

El aumento generalizado de la densidad de población afecta sin embargo el mantenimiento y el crecimiento de la agricultura, tanto urbana como periurbana. Las agriculturas familiares se ven particularmente afectadas por la pérdida de tierras fértiles localizadas a proximidad de las grandes aglomeraciones. En Meknes, en Marruecos, la urbanización cambia las estrategias de los agricultores familiares, en un mercado inmobiliario donde el alto precio de los terrenos para construir incita más a ceder las tierras que a cambiar las prácticas agrícolas (Valette *et al.*, 2013). El mercado de tierras agrícolas en la periferia de las ciudades es una constante a menudo criticada, sin que se establezcan instrumentos de regulación del mercado inmobiliario (Recuadro 6.6).

Una agricultura poco visible pero dinámica

Una de las características de las agriculturas familiares urbanas y periurbanas resulta del escaso valor que se les da. En Yaundé, por ejemplo, si bien se reconoce en incluso se promueve la horticultura periurbana (Temple *et al.*, 2008), la agricultura familiar hortícola se ve con indiferencia, o hasta con una franca hostilidad. Los mercados urbanos no tienen problemas de suministros gracias a zonas rurales muy productivas situadas principalmente en las mesetas del Oeste. Las funciones sociales no son reconocidas y los problemas sanitarios ligados a la utilización de aguas servidas en productos hortícolas que se consumen crudos terminan de explicar esta actitud negativa. Esta ausencia de reconocimiento institucional constituye una limitación importante y refuerza la inseguridad territorial: así, los espacios cultivados o construidos sin autorización pueden ser destruidos en cualquier momento y las poblaciones expulsadas. El papel ambiental que juegan los cultivos hortícolas es ignorado: en las colinas limitan la erosión, en las partes bajas contribuyen a evitar las inundaciones, y permiten reciclar las aguas servidas y los desechos sólidos, sin riesgo alguno puesto que los productos que se consumen cocidos (tubérculos, bananos, plátanos) no entran en contacto directo con esas aguas.

Recuadro 6.6. El suministro de leche en el Gran Cairo.

Véronique Alary, Christian Corniaux, Salah Galal

El suministro de leche en el Gran Cairo (veinte millones de habitantes) proviene de dos sectores: un 20 % procede de la industria, repartido entre la leche en polvo importada y las grandes explotaciones que cuentan en general entre cien y mil cabezas de ganado. El 80% restante proviene de un sector tradicional, llamado *loose milk* por el sector industrial. Las explotaciones familiares de este sector tradicional están instaladas en su mayoría en la periferia del Cairo o del delta y en el valle del Nilo. Al lado de estas explotaciones llamadas tradicionales que administran un cierto número de animales en función del tamaño de las tierras — en promedio 1000 a 2000 m²/animal — se desarrollan explotaciones familiares altamente dependientes del mercado. En razón del contexto sociopolítico inestable y del crecimiento urbano, esas unidades principalmente urbanas son hoy en día muy vulnerables; sufren con el aumento de los precios de los alimentos concentrados importados, a causa de la devaluación de la libra egipcia y de una fuerte presión especulativa sobre las tierras en medio urbano. Desde el inicio de la década del 2010, se asiste a la migración masiva de los agricultores hacia las zonas periféricas o hacia nuevas zonas mejoradas en el desierto, o incluso a un abandono de las tierras.

La expansión urbana constituye el principal factor de cambio en el funcionamiento de los sistemas de ganadería del Gran Cairo y del delta del Nilo. Desde la revolución del 2011, se han construido viviendas en más de veinte mil hectáreas anuales en las tierras agrícolas al norte del Cairo; el debilitamiento de los poderes públicos en el manejo de la reglamentación territorial ha acentuado la especulación e inducido a un cambio irreversible de esos pequeños espacios rurales en medio urbano. Además, las explotaciones familiares periurbanas sufren el aumento de las limitaciones relativas al manejo de los animales en medio urbano (contaminación, logística de los insumos y de los productos).

La actitud de los poderes públicos hacia la agricultura resulta entonces primordial de cara a los desafíos de la seguridad alimentaria, de la conservación del ambiente, de la exclusión y de la pobreza. Las respuestas varían mucho según los contextos. En los países en desarrollo, existen desde hace muchos años numerosas iniciativas. En Accra, en Ghana, donde el suministro de los mercados es precario, la municipalidad ha establecido medidas de protección de la agricultura, especialmente, reservando tierra para esta actividad. En Ghana siempre, la operación Feed Yourself lanzada en 1972 está destinada a incentivar la práctica agrícola hortícola de los residentes urbanos, en particular cuando no tiene acceso a los mercados (Obosu- Mensah, 2002). En Cuba, por razones de seguridad alimentaria, los poderes públicos han puesto la tierra a la disposición de las familias de La Habana: las huertas familiares se estimaban en más de treinta y cinco mil hectáreas a finales de la década de 1990 (Moskow, 1999).

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

Una agricultura multifuncional

Esas agriculturas que en otros tiempos se limitaban al suministro alimentario de productos hortícolas para los mercados urbanos, se destacan en la actualidad por sus funciones sociales, recreativas y ambientales. En los países industrializados, la agricultura urbana y periurbana está siendo cada vez más solicitada por su multifuncionalidad, adaptándose así a la demanda social. La agricultura familiar está en el primer lugar de esas transformaciones, especialmente a través del desarrollo de pequeños circuitos de comercialización y de actividades de recreo, complementarias a la actividad de producción agrícola. La renovación de las huertas familiares, además de su función productiva, tiene una dimensión de integración social.

La oposición entre la función alimentaria y económica en los países en desarrollo, frente a la función recreativa, paisajística y ambiental en los países industrializados, resulta entonces caricatural. La contribución de la agricultura al abastecimiento alimentario de las ciudades es cada vez más notable en Europa y en Norteamérica, mientras que sus funciones paisajísticas comienzan a apreciarse en África y en Sudamérica, en un contexto de requerimiento internacional a favor de la producción de un desarrollo urbano sostenible. La función ambiental se inscribe como una preocupación transversal.

¿La agricultura familiar será entonces la forma más adaptada para mantener esta agricultura en un contexto de gran movilidad social y de presión fundiaria? Aquí también, la respuesta varía enormemente según los contextos. La búsqueda creciente de espacios habitacionales y la necesidad, llevada a la agenda política en todos los niveles, de garantizar la alimentación de las ciudades mediante una reorganización de los sistemas alimentarios, favorecen, tanto en los países industrializados como en desarrollo, la búsqueda de soluciones que permitan economizar el espacio y la mano de obra, poco compatibles con el mantenimiento de la agricultura familiar: de esta manera, las granjas verticales, con cultivos frecuentemente hidropónicos en las torres o paredes y que ocupan poco espacio, implican el desarrollo de un modelo basado en una agricultura empresarial. Estas experiencias son concomitantes con iniciativas muy diferentes, apoyadas por ciertas municipalidades, que buscan relocalizar la agricultura y sus mercados, apoyando a los agricultores familiares a proximidad y al interior de las ciudades.

En África, el desafío alimentario, particularmente vivo desde los motines del hambre en 2008, invita a establecer la hipótesis del mantenimiento y desarrollo de la agricultura familiar de auto consumo, tal y como ya existe especialmente en las áreas intra urbanas. Paralelamente, aumenta la demanda de los consumidores que desean alimentos de calidad sanitaria y gustativa, y los

agricultores familiares podrían tener dificultades para satisfacerla. En Hanói, por ejemplo, donde una gran mayoría de los agricultores familiares trabaja en superficies muy pequeñas, las dificultades son manifiestas, a pesar de las políticas públicas en ese sentido (Moustier, 2010).

En cuanto al mantenimiento de las agriculturas familiares como principales proveedoras de los mercados urbanos, el papel de las políticas públicas resulta crucial en lo que respecta a la conservación de las tierras agrícolas. Ello implica una planificación urbana, un apoyo financiero (costo de los insumos, precios de los mercados, estabilización de precios, acceso al crédito), una investigación y una extensión adaptadas a sistemas hortícolas y ganaderos más rentables y más sostenibles, en fin un diseño de políticas agrícolas urbanas integradoras que reconozcan el papel de la agricultura familiar en los sistemas urbanos (Recuadro 6.7).

¿CUÁL SERÁ EL PAPEL DE LAS AGRICULTURAS FAMILIARES EN LOS TERRITORIOS DEL MAÑANA?

Los territorios llevan la marca de las agriculturas familiares y de su diversidad, tanto en el plano paisajístico como económico y social. Esas marcas difieren según las categorías espaciales adoptadas y estructuradas alrededor de la distancia con las grandes metrópolis, que determina niveles de presión diferenciados sobre los recursos. Entre complementariedad y conflicto, las relaciones actuales entre las agriculturas familiares y las otras formas de agricultura, determinan con frecuencia construcciones territoriales complejas pero inestables, y finalmente mal emplazadas.

La naturaleza diversificada, multifuncional y pluriactiva de las formas de producción familiar contribuye en gran medida a las dinámicas territoriales, pero se expresa en forma diferente en relación con los cambios estructurales que sufren los espacios rurales. En África principalmente, asistimos a una clara promoción de la pluriactividad, cuyas formas de expresión son muy diversas. El fenómeno se debe en parte a la urbanización, marcada por la aparición de ciudades pequeñas y medianas, y acompañada de una movilización creciente de las poblaciones (Losch *et al.*, 2013). En todas partes del mundo, se constata una mezcla cada vez mayor de espacios rurales y urbanos, que cuestionan la oposición de puntos de vista subyacentes. Sin embargo, es mezcla no parece bastar para solucionar los problemas de la pobreza (Capítulo 9), y la multifuncionalidad de las agriculturas familiares, aunque esté volcada sobre todo hacia lo urbano, corresponde, al menos en los países en desarrollo, a una lógica defensiva y de gestión de riesgos.

Contribuir con la alimentación del mundo y con la vida de los territorios

Pero así como es importante comprenderlas, todas esas dinámicas han sido mal enfocadas por las estadísticas urbanas, que subestiman en gran medida las superficies cultivadas y los volúmenes producidos por las agriculturas familiares, así como su contribución real a las dinámicas territoriales (Capítulo 2). Con ello se desconocen recursos territoriales, falseando la representación local del desarrollo, y en particular las hibridaciones entre la lógica comercial y la no comercial, entre agricultura familiar y otras formas de agricultura, entre la ciudad y el campo.

Recuadro 6.7. Disposiciones socio espaciales de los agricultores familiares intra urbanos en Bobo-Dioulasso.

Ophélie Robinagua

En Bobo-Dioulasso, en Burkina Faso, conviven tres tipos principales de agricultores: agricultores de la etnia bobo originarios de esta zona, cuyas tierras han sido progresivamente urbanizadas y que han intensificado sus actividades agrícolas en la horticultura, yéndose hacia tierras no aptas para la construcción a orillas de los arroyos; migrantes sin oportunidades de empleo en la ciudad, que desarrollan una ganadería intensiva de cerdos en sus patios para alimentar a sus familias; y finalmente, migrantes con empleos estables (funcionarios, médicos, comerciantes) que invierten en la ganadería porcina, avícola o bovina, como actividad secundaria en tierras de la franja urbana.

El estudio de las formas de acceso a la fertilización orgánica por parte de los horticultores, muestra cómo la producción de legumbres en la ciudad se mantiene gracias a relaciones sociales fundadas en la complementariedad entre espacios, actores y actividades. En Bobo, los horticultores utilizan básicamente tres tipos de abono orgánico: las deyecciones porcinas, bovinas y los desechos urbanos. La falta de liquidez no le permite a los horticultores hacer compras por adelantado, sobre todo teniendo en cuenta que, al contrario de lo que sucede con los abonos químicos, la disponibilidad de abonos orgánicos es variable en el tiempo y en el espacio, y su transporte exige tener acceso a una carreta.

A fin de garantizarse el acceso al abono orgánico, los horticultores establecen relaciones con los ganaderos y con los carreteros, quienes alquilan sus servicios para el transporte de diversos productos: las redes familiares y de vecindad, las relaciones privilegiadas entre etnias (ganaderos peuls y agricultores bobo), la frecuencia repetida de esos mismos vínculos sociales y el anclaje en el tiempo de las relaciones sociales permiten establecer lazos de confianza. Los ganaderos, localizados en las zonas aledañas a los sitios hortícolas, suministran el abono animal. El vínculo que los horticultores mantienen con ellos les permite construir relaciones con espacios, actores y actividades complementarias a su actividad de producción. En la medida en que esos lazos se refuerzan, los ganaderos reservan el abono para los horticultores que conocen bien y les rebajan el precio. A cambio, los horticultores pagan a tiempo lo que deben por sus fertilizantes. Por otra parte, a los carreteros se les solicitan dos tipos de tareas: transportar el abono animal desde el patio de los ganaderos hacia las huertas, y recolectar desechos urbanos para llevarlos a las zonas de cultivo hortícola. En este caso, entablar relaciones de confianza también es fundamental. Estas prácticas, basadas en la movilización de recursos sociales y en relaciones de proximidad ayudan a mantener la horticultura familiar intra urbana.

Este desconocimiento limita las perspectivas de innovación asociadas a las políticas públicas territoriales. De hecho, hoy en día las políticas públicas siguen siendo en muchos países, duales y predominantemente sectoriales. Y para permitir a las agriculturas familiares expresarse y expresar sus ventajas, resulta imperativo inventar verdaderas políticas territoriales que articulen esas distintas funciones y dimensiones.

Así, con la urbanización creciente del mundo rural, a la cual se agregan las cargas financieras para la agricultura, se puede esperar que aumente la competencia fundiaria entre las agriculturas familiares, patronales y empresariales, e incluso entre las agriculturas y los otros sectores. Esta situación puede provocar tensiones pero también generar oportunidades, con la condición de que se establezcan políticas públicas adaptadas. Las respuestas positivas a estos retos dependen en parte, para los agricultores familiares, de la acción colectiva (Capítulo 8), que también es necesaria para facilitar la comercialización de los productos agrícolas. La competencia no se limita al territorio local. En efecto, con la liberalización creciente de los mercados, los agricultores se ven confrontados a una competencia cada vez mayor para vender sus productos. Los precios pueden verse disminuidos por competidores que tienen costos de producción inferiores o mejores capacidades de negociación. A pesar de este entorno más competitivo, las agriculturas familiares siguen ocupando un sitio preponderante en la producción y en el abastecimiento de los mercados nacionales e internacionales. Esto es lo que tratará el Capítulo siguiente.